

Modos de lo inadmisibles**

Mario Pujó *

Mario Pujó es psicoanalista argentino, ejerce en Buenos Aires. Director de la revista “Psicoanálisis y el Hospital” que se viene publicando desde hace diez años. Editor y prologuista del libro de Jorge Alemán “Jacques Lacan y el debate posmoderno”. Autor de numerosos artículos en revistas trasandinas y de los libros «La práctica del psicoanalista» (1994) y “Lo que no cesa del psicoanálisis a su extensión”, recientemente publicado. Ha desarrollado actividad docente y de supervisión principalmente en el medio hospitalario argentino.

Querría abordar el tema de la admisión bajo su forma negativa, bajo la forma de lo que se podría llamar lo inadmisibles. Partiré de una afirmación: para que la figura de la admisión tenga algún sentido, debe recortarse sobre el fondo de una posible no admisión. En el con-texto institucional, la función tiende a confundirse con el ejercicio de un cargo, de una comisión, de un grupo, el desempeño de un funcionario; pero desde el psicoanálisis, admitir no puede sólo reducirse al mero acto burocrático de una distribución azarosa de pacientes, habitualmente regida por diversas preferencias, más o menos legítimas, más o menos confesables, sean de orden diagnóstico, edad, sexo, situación económica o eventual previsibilidad de pase a privado. Aún cuando estas cuestiones estén quizás inevitablemente presentes, se trata de pensar las condiciones en las que un sí es dado a alguien que lo pide, precisar los alcances, los límites, las consecuencias que este sí tiene para el que lo da y para el que lo recibe. Único modo, finalmente, de dibujar una frontera, una delimitación de las motivaciones eventuales de un no que pueda fundar sus razones. Admitir significa efectivamente aceptar, consentir, acoger, aprobar, reconocer, lo que se podría perfilar como diversas modalidades de dar un sí, un sí en el interior del cual todos los no, -ligados a las vicisitudes de la represión- puedan irse alojando a lo largo de un análisis(1). Y para decir que sí, es necesario como mínimo que haya un pedido, una pregunta, una cuestión que esté expresada de manera tal que pueda

respondérsele, aunque sólo sea bajo la forma de su puesta en suspenso.

Es oportuno de todos modos precisar que presuponer que una demanda, una pregunta, una queja, debería ser formulada de un modo previamente determinado para ser considerada como analíticamente valedera, no constituye más que una resistencia; en sentido pleno, una resistencia del analista. Los pedidos se formulan como se puede -lo que es aún más evidente en el contexto hospitalario- según una cantidad de imponderables que no siempre toman en cuenta las preferencias de aquél a quien circunstancialmente se dirigen. La verdad de una demanda no puede ser ajena a la torsión que en ella introduce el analista, quien se revela capaz de leer en ella lo que de padecimiento y de repetición se anuda.

No podemos ignorar por otra parte que la admisión tiene más de un sentido, y que a una precipitación de nuestro sí, a nuestra invitación anticipada, el "candidato" puede a su vez responder que no, lo que sitúa su efectiva dificultad. Ante la propuesta de trabajo que supone un psicoanálisis la admisión es mutua, es doble.(2)

Desde la perspectiva del analizante, admitir a un analista no es algo sencillo, ni inmediato. Porque si su posición inicial está generalmente ligada a un sufrimiento, también lo está por añadidura a su modo particular de "no querer saber nada de eso" en el que su sufrimiento se instala. Si no nos podemos apoyar a priori en un deseo de saber, y mucho menos en una *Wissentrieb* como pulsión de saber, se trata en el consentimiento del paciente, en su apertura al analista, de algo del orden del amor, del amor al saber. Que un sufrimiento empuje, la instauración de un amor al saber -es lo que se llama transferencia- y el sí que el analista da a este amor al saber que él mismo suscita, sitúa los contornos del inicio de un análisis, sus condiciones de posibilidad.

Desde la perspectiva del analista, se trata, finalmente, de una decisión, la elección de una respuesta entre varias posibles; lo que inevitablemente nos sitúa en una dimensión de responsabilidad, que introduce de entrada una cuestión ética. Porque si el saber que funciona en la

experiencia como inconsciente es un saber supuesto, es al mismo tiempo necesario un saber efectivo, un indicio, una prueba, alguna marca que haga posible el surgimiento de esa suposición. Es exigible al psicoanalista un cierto saber sobre el sufrimiento, un saber que sepa ignorar, que sepa dar cabida a lo no sabido, a la sorpresa, a la verdad. Para decirlo brevemente, es también exigible al analista saber, - saber cuándo, saber cómo, saber porqué- decir que no. Decir que sí, decir que no, implica hablando con propiedad erigir o franquear un límite, rozar una certidumbre, demarcar un antes y un después, algo que, por tener con-secuencias, no dudáramos en considerar en sentido estricto como atinente al acto analítico. Pero, y es ésa la dificultad, ¿cómo evaluar lo que se nos pide?

Me gustaría discutir con ustedes tres formulaciones de Lacan, que probablemente reconozcan porque las han leído, o porque han sido comentadas con relativa frecuencia. La primera corresponde al seminario dedicado a Las Psicosis, es del año 56 y dice aproximada-mente: "Tomar un prepsicótico en análisis lo volverá loco"(3). La segunda, es anunciada por Televisión: "Cada cual sabe que no aliento a nadie, a nadie cuyo deseo no esté decidido" (4). La tercera, más simpática, corresponde a una visita a la Universidad de Yale: "Un análisis no debe ser llevado demasiado lejos. Cuando el analizante piensa que es feliz de vivir, es suficiente"(5).

La primera es una afirmación, la descripción de un hecho, y tiene, por lo mismo, una pretensión de alcance universal. Las dos restantes, por el contrario, comentan algo de su es-tilo, si se puede decir, de sus propios criterios respecto a su modo de dar o de retener un sí. Ilustrativos de una práctica, pueden evidentemente ser tomados como modelo, pueden inclusive ser imitados. Aunque uno se exponga entonces al impasse, a la aporía que introduce el adagio lacaniano : "hagan como yo, no me imiten".

El límite de la prepsicosis

Empecemos por lo que es tal vez lo más aceptado, lo más formalizado del diagnóstico diferencial lacaniano respecto de la prepsicosis. ¿Cómo no recordar aquel

médico de indudables rasgos obsesivos, rutinario, quizás un poco psicasténico en el sentido de Janet, propenso a la rumia y a la cavilación, acosado por las dudas, que a las pocas sesiones agradece conmovido a su analista el haber intercedido ante un psiquiatra para que lo tomara como practicante en una clínica, aceptando sólo a desgano y sin convicción la tenaz desmentida del analista?; ¿...ese paciente que repentinamente empieza a descubrir que sus más dolorosas intimidades, sus difíciles relaciones con el Otro sexo confesadas con dificultad en la entrevista anterior, constituyen el comentario obligado, el murmullo sobrentendido que no puede dejar de leer en las sonrisas de complicidad de esos desconocidos que son ahora sus compañeros de trabajo? ¿Cómo olvidar esa curiosa serie de pequeños incidentes que se encadenan sistemáticamente entre el repentino corte del agua caliente de la ducha, la sospechosa negativa de una joven desconocida a salir el sábado y esa insólita persecución que cambia astutamente de perseguidor en cada esquina, hechos que en su intencionalidad denuncian a un único responsable en la figura del director de la clínica? Caso que, por tratarse de un aspirante a analista, plantea una cuestión adicional: la del necesario análisis del analista cuando este análisis lo conducirá con seguridad a la locura. ¿Se trata de un límite al análisis, al analista, que sólo podría desaconsejar, desanimar una vocación? ¿Se debería intentar un desencadenamiento controlado bajo transferencia?

En todo caso, nos interesa aquí situar en primer lugar que el error diagnóstico reposa en que la manifestación clínica concreta no recubre ni perfecta ni forzosamente la estructura. "Nada se parece tanto a una neurosis como una prepsicosis", señala Lacan, es decir, una psicosis sin manifestaciones clínicas evidentes. Podríamos decir, suscintamente, a partir de Freud, a partir del relato del historial del Hombre de las Ratas, que el rasgo característico de la neurosis lo encuentra en sus antecedentes, precisamente una neurosis infantil claramente constituida. Podemos afirmar, por el contrario, taxativamente, la prepsicosis no tiene prehistoria. Suele presentarse como una vida adaptada, más bien intrascendente, justamente caracterizada por esa ausencia de conflicto o de preocupación, por esa nada que puede haber constituido el seguir los pasos de un hermano mayor, un vecino, seguir sin mayor

cuestionamiento las señales, las indicaciones, las flechas de la vida escolar o laboral; hasta que algún acontecimiento, una decepción amorosa caracterizada por alguna forma de triangularidad, una súbita confrontación laboral con un jefe autoritario, el deber del matrimonio, el embarazo incipiente de la esposa, introduce repentinamente una situación que puede con facilidad hacer del motivo de consulta el primer eslabón de ruptura de la cadena. Lacan retoma de la clínica psiquiátrica francesa la categoría del fenómeno elemental, cuya presencia actual o pretérita constituye lo que reconoce como la marca característica de la psicosis. Y es interesante seguir los pasos de su recorrido en el seminario dedicado a las psicosis en su búsqueda de la estructura que lo va a llevar a encontrar el fundamento de lo simbólico en la estructura del lenguaje, al aislar al significante como tal, en sus relaciones con el significado. Es en relación a esa estructura del lenguaje que intentará ir situando todos estos fenómenos que, aunque elementales, no dejan de presentar la estructura entera. Al modo de la conocida metáfora botánica por la cual una hoja no deja de reproducir en su forma, en el dibujo de sus nervaduras, en su espesor, la estructura de la planta a la que pertenece. La categoría del automatismo mental (desde el eco del pensamiento hasta la irrupción de voces, el discurso efectivamente experimentado como proveniente de Otro), constituye quizás el rasgo más característico. Manifiesto en la psicosis declarada, puede haber ocurrido alguna vez, y permanecer aislado, latente. La emergencia de la mirada bajo forma de luces, de luminosidades y brillos inexplicables, es algo que también suele encontrarse con regularidad. O lo que se podría considerar como una especie de autorreferencia, (el auto rojo, en la segunda lección del seminario) como convicción del encuentro de signos en el mundo que le están destinados. En fin, fenómenos particulares ligados al tiempo y al espacio, al sentimiento de realidad, a la velocidad y la lentitud, a la distorsión, la extrañeza vivenciada como desconocimiento inquietante del propio cuerpo -la mirada que en el espejo corrompe la unidad escópica-, ciertas partes del mismo que se independizan, se inflan, se prolongan. Algo que suele aparecer todo junto en el brote declarado, y que Lacan logra re-ferir al desenganche, la desestructuración de las relaciones más o menos habituales -la locu-ra de

todo el mundo- entre el significante y el significado. Desenganche que puede alcanzar su manifestación más extrema en los fenómenos del neologismo: el significante insistente, vaciado de significación, de la muletilla, el estribillo, lo que Lacan denomina el ritornelo. O por el contrario, la presencia de una significación realizada, inefable, inexpresable, separada de aquella articulación significante que pudiera temperarla, ordenarla, remitirla a las demás significaciones. Una significación que no reenvía más que a sí misma, y que me parece debe entenderse efectivamente como una significación en lo real. Lo que constituye en su propia formulación una paradoja, porque si la significación depende de los efectos del significante, y reenvía como tal a otra significación, una significación en lo real, no es evidentemente, en sentido estricto, una significación. Aún cuando, a nivel diferencial, y aquí la confusión con las neurosis es decisiva, el rasgo característico lo vamos a encontrar del lado de la posición subjetiva, el grado inmovible de convicción que el sujeto mantiene respecto a este fenómeno, la certeza de sentirse concernido por él, la perplejidad en que lo sumerge, o también, lo que ha hecho con eso, lo que lo ha llevado a construir alrededor de eso, y que suele constituir el tejido de su más íntima realidad. Porque no es difícil encontrar, por ejemplo, que un arrebató místico, una inquebrantable inclinación religiosa, encuentren su origen en un llamado de Dios experimentado en lo real. El rastreo de la existencia del fenómeno elemental, de su emergencia en algún momento de la vida, es ineludible en determinados casos, tanto como su valoración diagnóstica. Se abre entonces una elección: aceptar un prepsicótico en tratamiento, implica el riesgo cierto de su precipitación en la psicosis. Abrir o cerrar es una opción que se nos plantea como al cirujano, y aún si el psicoanálisis no es sólo una terapéutica, el *primum non nocere* en que se inicia el médico, no deja de tener, como sentencia, validez en nuestro campo. Lo que no significa que no se pueda hablar con un prepsicótico, conversar con él, evitando la referencia a ciertos significantes cuya significación demasiado patente nos precipita a veces a sub-rayarla, tratando de medir los alcances de cada intervención, de una ambigüedad del sentido, de una alusión, a riesgo de permanecer en su cabeza alimentando durante meses su diálogo interior. No es impensable un

desencadenamiento restringido, acotado por la transferencia, pero se impone entonces una pregunta: ¿estamos en condiciones de hacernos cargo de las consecuencias de nuestro acto, en lo tocante a nuestro tiempo, nuestra disponibilidad, nuestros recursos, incluyendo las cuestiones económicas? O para retomar una expresión de Freud en relación al amor de transferencia y relacionarla con su forma erotomaníaca en la psicosis: ¿Estamos en condiciones de interrogar al espíritu del averno al que conjuramos?

El deseo

Vayamos a nuestra segunda frase: "... no aliento a nadie cuyo deseo no esté decidido". El éxito de esta fórmula no deja de presentar cierta complejidad. ¿Se trata de posicionarnos como analistas ante el deseo, en una perspectiva de evaluación? Admitamos en todo caso la idea de que el deseo, articulado pero inarticulable, constituye un difícil elemento de medición. Porque o el deseo está siempre decidido -en el síntoma, en el sueño, en el lapsus, en el fantasma- y la expresión pierde vigor, o no lo está, precisamente por hallarse capturado, vacilante, en ciertas imágenes ideales, en ciertas significaciones cristalizadas, en cierta satisfacción sintomática que detiene su radical metonimia. Es lo que puede leerse más bien en las quejas que suelen constituir el texto inicial de una consulta. Por el contrario, un deseo decidido se emparenta mucho más con lo que habitualmente denominamos el deseo del psicoanalista. Quiero decir, que el deseo decidido es algo que califica más la posición del analista que la del analizante, cuya postura inicial insisto se relaciona mucho más con "un no querer saber nada" de las satisfacciones en que se encuentra amarrado. Por mi parte, les confieso, no aliento a nadie a hacer un análisis con un analista cuyo deseo no esté decidido. Es ilustrativo al respecto lo que Lacan puede elaborar alrededor de Sócrates y su "atopía", la falta de ubicuidad característica de su situación en el orden de la ciudad, de sus ideales y sus valores, lo que más allá de una contingencia sitúa su destino trágico como necesario. Se trata de un deseo extremado, al que Lacan no vacila en calificar como un deseo de muerte, y que le permite reconocer en Sócrates una anticipación de la posición del analista, por su modo de ir más allá de una ética de los bienes, del bienestar, de la homeostasis,

apuntando como tal a lo que de la verdad puede alcanzarse. Esta potenciación del deseo, en el origen de la más formidable transferencia que reconozca el pensamiento occidental, se parece mucho más al resultado a obtener en un análisis que aquello que se pudiera pretender encontrar en su inicio. ¿No califica precisamente un deseo decidido lo que homologa la travesía del fantasma con la identificación al síntoma? Algo que no objeta al mismo tiempo que, en el comienzo, sea necesario que el deseo se deslice, se precipite en la dirección del análisis. Lo que exige al analista su participación, y reclama su intervención en la reformulación de la demanda en que este deseo se articula; porque si no hay acceso analítico al deseo más que por la vía de la demanda, es en la vacilación del decir, en su puntuación, donde éste puede ser leído. Una demanda decidida, una lectura que tome en cuenta lo que ella implica de inconsciente, constituye sin duda una referencia de inestimable valor en la práctica. Dos años después de Televisión y conversando con los estudiantes de la Universidad de Yale, Lacan se refiere, de un modo explícito, a quienes solicitan un análisis: "Se trata de hacerlos entrar por la puerta, que el análisis sea un umbral, que haya para ellos una verdadera demanda. Esta demanda: ¿de qué quieren ser desembarazados? Un síntoma. Un síntoma, es curable" ... "Trato que esta demanda los empuje a hacer un esfuerzo, esfuerzo que será hecho por ellos" ... "Ser desembarazados de un síntoma, no les prometo nada" ... "Pongo el acento sobre la demanda. Es necesario en efecto que algo empuje. Y no puede ser el conocerse mejor. Cuando alguien me pide eso, lo desanimo" (6). Lo que si por una parte describe en efecto toda una "actividad" de parte del analista, un despliegue, señala también al pasar, otro borde, otra eventualidad de lo inadmisibile: la experiencia analítica no puede ser emprendida simplemente como una aventura cognoscitiva. Sin el inestimable apoyo del sufrimiento que puede alcanzar por la demanda a un analista su estatuto de síntoma, se pierde el motor, el empuje, que puede forzar el no querer saber, hacia un tolerar saber ... por amor. La idea de una "alianza terapéutica" recupera desde esta perspectiva cierta validez, si se la entiende ya no como el acuerdo de la parte sana del yo del paciente con el yo siempre sano del analista, sino más bien como la alianza del Otro que el analista sabe hacer surgir con el síntoma sufriente que al constituirse

como analítico, como analizable, se le dirige.

La felicidad de vivir

"...cuando el analizante piensa que es feliz de vivir, es suficiente". Formulación sorprendente de Lacan que no podemos relativizar en función del público de universitarios norteamericanos a los que está dedicada. Es un hecho que Lacan no tiene demasiadas contemplaciones con sus oyentes. Como muestra, alcanzan sus intervenciones por radio o por televisión, donde en la multitud, le habla al analista, al analista supuesto. Como lo reconoce él mismo: "No me he ocupado nunca mínimamente de complacer a algún lector. Tenía cosas que decir, y las he dicho"(7). La noción de una "felicidad de vivir" es quizás inaudita, sobre todo si se la considera sobre el fondo de la felicidad rehusada al ser hablante, desde la perspectiva de la imposibilidad estructural del deseo. Pero es una frase que tiene la virtud de señalar con exactitud el punto de tensión irreconciliable entre lo propiamente terapéutico y lo propiamente psicoanalítico. Hay otras referencias a la felicidad, que podríamos enumerar: "es un hecho que no nos negamos a prometer la felicidad"(8) en La dirección de la cura, y aún otra todavía más difícil de conciliar: "el sujeto es siempre feliz", en Télévision. J. A. Miller en su curso dedicado a "Los divinos detalles"(9) distingue la vertiente de lo pulsional, como siempre satisfecho, de la del deseo como insatisfacción, como incompatibilidad con la palabra a la cual está suspendido metonímicamente. Dos planos a situar en relación a toda demanda: un más acá, como negatividad, un más allá, como positividad en que la Demanda alcanza siempre en el recorrido de su fracaso una satisfacción. Estamos en el espacio de la pulsión y del fantasma, en el campo del sentido más particular, más secreto y más silencioso de la demanda, el sentido gozado.

Si la categoría de la felicidad está rehusada al que habla, al deseante (los ejemplos abundan), la categoría del sujeto más o menos feliz, creo por mi parte en su existencia. Y lo creo pensable a partir de las indicaciones freudianas de una cierta aspiración del psicoanálisis a restablecer la capacidad de amar, la capacidad de trabajar. ¿No es, después de todo, el terreno donde puntuamos con mayor seguridad los

progresos terapéuticos? Evidentemente, no se trata de reintroducir de un modo nuevo la vieja idea de normalidad; porque por su-puesto, "la psicosis es la normalidad", y la normalidad, lo más anormal que hay. Pero la verificable existencia de una cierta felicidad de vivir representa un obstáculo a la empresa del análisis, sobre todo cuando esta felicidad es lo suficientemente reducida como para no volverse inquietante de por sí. Constituye la causa de la mayor parte de las interrupciones que, como analistas, dudamos inclusive en considerar estrictamente como interrupciones. Es el sujeto que ha decidido retirarse del juego con su pequeña ganancia, su cuota de bienestar, y que, sobre todo, no está dispuesto a arriesgarla de nuevo; el jugador moderado que se sabe poseedor de la virtud de retirarse a tiempo. Algo que por presentarse espontáneamente y no esperar al psicoanálisis para producirse, marca un límite posible a la admisión. No porque se trate del sujeto supuesto normal, sin síntomas, sino más bien porque es el sujeto del síntoma funcional; aquél cuyo síntoma guarda con respecto al fantasma que impregna su vida cotidiana, una continuidad sin sobresaltos. Una cierta felicidad de vivir, una cierta ganancia a nivel del placer de amar y de trabajar, son quizás una consecuencia previsible del proceso analítico; ese que transita precisamente como working-through, como trabajo en la transferencia, entendida como "algo parecido al amor", tan parecido al amor que nos inclinamos a considerar más bien todo amor en la vida corriente como una emergencia transferencial. El análisis es en este sentido un trabajo que gira alrededor del amor, del que se espera tenga consecuencias sobre el amor y sobre el trabajo mismo. El pasaje del trabajo de transferencia a la transferencia de trabajo comenta precisamente la incidencia de la transferencia sobre el deseo, al liberarlo de las amarras de la inhibición, del síntoma, de la angustia o el fantasma donde se halla fijado.

Esta inusitada "felicidad de vivir", creo que no debe ser entendida ni en relación a la in-felicidad inmanente al deseo, ni a la felicidad asegurada de la pulsión, sino a lo más o me-nos feliz de las contingencias del amor.

En fin para concluir, querría remitirme a otra forma de lo inadmisibile a la que Lacan se refiere expresamente en Televisión : "Pienso que hay que rehusar el discurso

psicoanalítico a los canallas. A los canallas los vuelve tontos"(10). Es un resultado de la cura, una constatación, no es un bien prometido. Términos difíciles de precisar, pero que guardan su valor humorístico. Me parece gracioso pensar este viraje y esta homología que introduce Lacan, de la prepsicosis a la locura, de la canallada a la tontería. Lo canalla puede ser pensado en relación al propio nombre de Lacan, "La canaille", y se refiere a cierta deshonestidad, cierta perversidad y malicia que uno puede imaginarse en algunas demandas dirigidas a él, alguien a quien la traición no le fue avara y sí, tal vez, rencorosa; aquella ventaja que alguien supone podría usufructuar de un análisis con él, de alguna relación con él, y más ampliamente, lo que alguien puede esperar del psicoanálisis como beneficio espurio, como legitimación espuria, para una práctica de dominio o de manipulación. Creo que así se podría caracterizar lo canalla. La tontería, por su parte, es mucho más gráfica. Aquél que con el lazo pretende atrapar una presa, si es inexperto, tiende a enredarse sus propios pies. El tonto no deja de tirar del lazo, no deja de caer al suelo, y aquél que pretende enlazar al psicoanálisis en su beneficio, suele convertirse en su propia presa.

(*) Supervisor de Residencia Hospital Cosme Argerich y Hospital Parmenio Piñero.

(**) Presentación realizada en el espacio de residencia del Hospital Parmenio Piñero, el 6/10/ 1992.

(1) Ver la excelente articulación entre sí, no, escritura y palabra que J. A. Miller establece en "Introduction à l'impossible-à-supporter". La Lettre Mensuelle N° 106, E.C.F., Paris, 1992.

(2) Una reciprocidad que no puede resolverse en los términos engañosos de una intersubjetividad, como tal siempre sospechosa de inducir a una tentativa de agradar, de engaño o de seducción. Ver Lacan, J. Le Transfert. Séminaire. Livre VIII. Seuil, Paris, pp. 21.

(3) Lacan, J. Les psychoses. Séminaire. Livre III. Seuil, Paris.

(4) Lacan, J. Télévision. Seuil, Paris.

(5) Lacan, J. Yale University. Conférences et entretiens. Scilicet 6/7, Seuil, Paris.

(6) Lacan, J. Yale University. Entretien avec des étudiants. 24.11.75. Scilicet 6/7, Seuil, Paris.

(7) Lacan, J. Roma, 1975.

(8) Lacan, J. La direction de la cure. Ecrits, Seuil,

Erotología

Revista de psicoanálisis / N° 2 / Psicosis

<http://www.erotologia.cl/n2/articulo/h.htm>

Paris.

(9) Miller, J.A. Les divins détails. Paris, 1989,
desgrabación.

(10) Lacan, J. Télévision. Seuil, Paris, p.67.

▶ © **Erotología** / revista de psicoanálisis

Director: Sergio Sepúlveda González.

Editores: Francisco Alsina, Gianfranco Cattáneo, Cristian Valenzuela, Daniel Valdenegro.